

tum prodest cuiilibet, quantum si pro qualibet caneretur. S. HIERON. IN EPIST.

Quisquis pro alio intercedere nititur, sibi potius ex charitate suffragatur, et pro semetipso tanto citius exaudiri meretur, quanto magis devote pro aliis intercedit. S. GREGOR. IN MORAL.

Dulcior ante Deum est oratio, non quam necessitas transmittit, sed quam charitas fraternitatis commendat. S. CRYSTOST. SUP. MATT.

aprovecha tanto á cada una, como si se celebrase para ella en particular.

Cualquiera que intercede por otro, más bien ruega por sí, por la caridad que ejerce; y tanto más pronto merece ser oído en sus necesidades, cuanto más fervorosamente intercede por los demás.

La oracion que se hace á impulsos de una caridad fraternal, es más agradable á Dios que la que se hace por necesidad.

COMUNISMO: Véase: PROPIEDAD.

CONCIENCIA.

(RECTITUD DE)

I.
Timeo autem ne corrumpantur sensus vestri, et excidant à simplicitate quæ est in Christo.

Temo que sean viciados vuestros sentidos, y se aparten de la sinceridad que procede de Cristo.

(II Cor. xi, 3.)

La ley de Dios trae consigo un carácter que muestra su divinidad en todo su esplendor y en toda su grandeza: este carácter consiste en que la conciencia del hombre, si es recta y pura, hará al instante lo que el Señor le pide.

Preciso es reconocer, hermanos míos, que no sucede lo propio con esa ley, que los legisladores han dado á los pueblos para gobernarlos y dirigirlos. Para esto se necesitan consejos, se necesitan juriconsultos, se necesitan hombres que comprendan la ley para explicarla, y para manifestar á cada individuo la línea de su conducta. La ley del Señor, empero, desde que se insinúa en la conciencia, dice todo cuanto debe glorificar al Dios del cielo y de la tierra. Desde que la primera palabra de esta ley se introduce en el corazón del niño, puede hacer lo que Dios quiere, porque infunde principalmente en su carácter esa rectitud y sencillez.

¿Cómo, empero, se explica, hermanos míos, que tantos y tantos cristianos se extravíen en esta senda de la ley del Señor? ¿Cómo se explica, que siendo recta esa senda, haya tan poca rectitud en el corazón y en la conciencia del cristiano? ¡Ah! hermanos míos, con razón ha dicho el Espíritu Santo: Penetrad en el fondo de vuestro corazón,

y encontrareis en él pliegues sin cuento; penetrad en el fondo de vuestro corazón, y encontrareis en él un laberinto intrincado, en el cual os perdereis, si no estais sinceramente resueltos á conservar la rectitud que procede de Jesucristo. Hablar de la rectitud de conciencia á la familia de esta madre, cuya conciencia ha sido el espejo, en cuya contemplacion ha cifrado el Señor sus delicias; hablar de la rectitud de conciencia á estos hijos predilectos, que acuden todos los dias á tomar sus lecciones; ¡oh! no parece sino que sea esto un cargo que se os hace, un acto que lleva todo el carácter de un ultraje! Librenos Dios de que así lo creamos nosotros; pero, ¡cuántas veces habreis oido decir en el mundo, que la palabra solo ha sido inventada para disfrazar el pensamiento! Y desde que el mundo enseña semejantes máximas, ¡cuántas conciencias se han acostumbrado al disimulo y á la ficcion; cuántas conciencias se han engañado á sí propias, y han pretendido hacerse vanas ilusiones en la presencia del Señor y aun en el mismo santuario!

Y fuera de esto; en la formacion del hombre, por medio del cual debe constituirse la familia, ¿no entra como elemento la conciencia recta? Pues bien; ved aquí, hermanos míos, el punto de que voy á ocuparme, manifestándoos, primero: que os quejais todos los dias de las malas conciencias, lo cual es una razon para que procureis la rectitud de las vuestras; segundo: que una conciencia recta trae consigo la tranquilidad y la dicha del espíritu, razon por la cual debemos procurarla para ser felices. Para conseguir el debido resultado de estas reflexiones, imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Examinemos, ante todo, hermanos míos, en qué consiste la falsedad de la conciencia en que tan fácilmente incurrimos. La falsedad de conciencia no es más que el pensamiento y la opinion particular del hombre, sustituidos al pensamiento y al espíritu de Dios. Por esto dicen los Padres de la Iglesia: La falsa conciencia es el interés personal introducido y manifestado en lo que solo debiera dar á conocer el interés por la gloria de Dios y de sus perfecciones. Pero hablando en términos más claros, la falsedad de conciencia es el placer individual sustituido á la voluntad de Dios. Más aún puede llegarse, y se llega, á un abuso mayor; así sucede, que despues de sustituir el pensamiento y la opinion particular del hombre al espíritu de Dios; despues que se ha sustituido la complacencia personal á la inviolable y siempre soberana voluntad de Dios; aún se pretende encontrar razones para aprobar y justificar semejante conducta. Ved ahí lo que constituye los desvíos y la falsedad de la conciencia.

Esta explicacion sucinta debe bastaros, hermanos míos, para comprender el ultraje que se infiere á Dios, y los graves riesgos á que se expone, el que ni se atiende en su conducta al espíritu de Dios, ni toma en cuenta para nada la voluntad del Señor, ni el celo de su gloria; y, por consiguiente, ha llegado á probarse con sofismas y pretextos, que de esta suerte obra bien y con rectitud de conciencia. Y ¡quién sabe, si vamos á permanecer en este infeliz estado de conciencia hasta el fin de nuestra vida! ¡Quién sabe, si en nuestro postrer momento nos despediremos del mundo como se despide el pecador, que ha malgastado toda su vida en su complacencia individual, y en hacer su propia voluntad! ¡Oh! es triste y deplorable el estado de una conciencia falsa!

Y lo peor está, en que llegamos insensiblemente á semejante estado sin apercibirnos de ello, sin darnos cuenta de esa falsedad de conciencia, sin que podamos definirla ni precisarla. Vosotros no habeis sentido nada por ese desvío de vuestra propia conciencia, sino que exclusivamente os habeis dolido y lamentado de los extravíos de ajenas conciencias. En semejantes circunstancias, habreis recordado, sin duda, los principios fundamentales sobre los que Dios estableció la sociedad y la familia; y por lo mismo que vivís en este mundo, por lo mismo que formais parte de una familia, por lo mismo que pertenecéis á la sociedad, habreis comprendido, que es imposible la existencia de cualquier individuo de la sociedad, sin la debida aplicacion del principio de la caridad; segun la cual hemos de auxiliarnos unos á otros, hemos de servirnos mutuamente, hemos de consolar nos en las aflicciones, y aconsejarnos en los conflictos y en las dudas. Hemos de auxiliar á nuestros hermanos en sus miserias y tribulaciones; hemos de ser el brazo en que han de apoyarse, porque el Señor ha escogido con preferencia nuestro brazo. Suprimid este principio divino y constitutivo de la sociedad, y la sociedad es imposible. Y no me refiero precisamente á una sociedad culta y civilizada, sino á una sociedad cualquiera, aunque la supongamos establecida en medio de las abrasadoras arenas de la Arabia, ó en medio de los bosques vírgenes de la América. Por esto dice Bossuet con tanta razon como oportunidad: El mismo príncipe que gobierna á los pueblos y que está á su frente, no pudiera subsistir, ni por espacio de veinte y cuatro horas, sin el auxilio y la caridad de sus inferiores ó subordinados. El sábio que profundiza los arcanos de la ciencia, y que emplea su talento en la indagacion de las grandes verdades para el bien de los hombres, si desdeñase á los demás, ó se retrajese de su compañía, ¿qué fruto iba á sacar de la ciencia y de su orgullo? Su propio des-

den y retraimiento le matarian. No puede existir un individuo de la sociedad, si no admitís la aplicación del principio divino de la caridad; según el cual hemos de auxiliarnos mutuamente.

Pues bien; con la confianza que os inspira la aplicación práctica de este principio, establecéis vuestras mutuas relaciones; con la confianza que os inspira la aplicación práctica de este principio, os entregáis á vuestros negocios y hacéis vuestras transacciones; con la confianza que os inspira la aplicación práctica de este principio, contratáis á los operarios para tales ó cuales obras; es decir, en todos vuestros actos y relaciones contáis con la lealtad y la buena correspondencia, que son obra de la caridad. Con la propia confianza también acudís á un abogado para consultarle vuestros negocios, y acudís á un médico para que os dé remedio en vuestras enfermedades. Hé aquí la reciprocidad de relaciones que trae consigo la práctica de la caridad. Y á esto debemos añadir, que á cada paso que damos, á cada palabra que dirigimos á nuestro prójimo, y en cada una de las transacciones mercantiles que emprendemos, ó realizamos, hemos de ser partícipes de las incomodidades, de los perjuicios y demás inconvenientes que trae consigo la mala conciencia de nuestros semejantes. Así sucede, que todos nos felicitamos de no haber sufrido perjuicio de ninguna clase, cuando salimos bien librados de negocios en que han de intervenir otras personas.

Ved aquí pues, hermanos míos, como vosotros mismos reconocéis el detestable carácter de una conciencia mala; la razón de esto consiste, en que la falsedad de conciencia infringe el principio de justicia y de orden, que emana de Dios; consiste, en que la falsedad de conciencia perjudica á vuestros intereses, y os hace víctimas de la perversidad de los demás. Así vemos todos los días, que sorprendiéndonos ciertos actos censurables por parte de personas á las cuales hemos creído de severa reputación, no citamos sus injusticias sin llamar sobre ellas una atención especial. Recordamos sus antecedentes, recordamos la fidelidad con que habían cumplido hasta entonces con sus compromisos y atenciones, como si quisiéramos justificar la sorpresa motivada por el acto indigno de que hemos sido víctimas. En iguales términos censuramos á los que se valen de la calumnia para suplantarse á otros y elevarse al puesto que ambicionan. Pero notad, al propio tiempo, hermanos míos, que más de una vez se tildará también nuestra conducta sin saberlo nosotros y, acaso, sin presumirlo. Ese, que acude con puntualidad á la iglesia, se dirá tal vez: éste que parece cifra toda su felicidad en adorar al Señor, en amarle y bendecirle; no repara, sin embargo, en ajar la reputación de sus semejan-

tes, sin preocuparse de los graves perjuicios que irroga. Ese otro, que parece llevar una vida tan ajustada, y que no descuida jamás el puntual cumplimiento de los preceptos de la abstinencia y del ayuno, transige muchas veces con su conciencia para hacer negocios, en que la ambición y la usura tienen gran parte. Ved aquí lo que se dice; y entonces, vosotros, que acabáis de censurar la mala conciencia de alguno de vuestros semejantes, ¿cómo explicaríais que se censure en iguales términos vuestra conducta, que parece más ajustada y escrupulosa?

Nunca se os ocurre, que teneis siempre sobre vuestra conciencia fija una vista de la cual no es posible retraeros. Sean cuales fueren los esfuerzos que hagáis para justificar vuestros actos y para iluminaros á vosotros mismos, nunca podéis emanciparos de la voz del Señor, que os dice: Has engañado á los hombres; pero no podrás engañarme á mí: has sabido emanciparte del espíritu de mi ley; pero yo que conozco toda su justicia y santidad, sé hasta qué punto has faltado á su obediencia y respeto. Tú has creído, que podías engañar impunemente á tus semejantes; pero yo te condeno á la pena de que todos tengan derecho de examinar y censurar tu conducta: te condeno á que, en los remordimientos de la conciencia, sufras anticipadamente los tormentos del infierno: te condeno á que no se aparte jamás de tí el gusano roedor, que trae consigo una mala conciencia.

2. Apartemos, empero, la vista de este deplorable y triste cuadro, y comparemos ahora la conciencia á una sonora y magnífica lira, cuyas cuerdas armónicas y ajustadas tiene el Señor en sus manos. Cuando el dedo del Señor mueve una de estas cuerdas, dice san Francisco de Sales, el sonido que emite es un acto de obediencia, de amor, de sumisión, de caridad, y de amor al prójimo. Apartemos la vista del triste cuadro de una mala conciencia para comparar, como san Juan Crisóstomo, la conciencia recta á la hermosa flor del jacinto. Cuando el cielo se cubre de nubes, dice este santo padre, hay tal simpatía entre dicha flor y el cielo, que la lozanía y frescura de su pétalo parecen eclipsadas y desvirtuadas por una especie de nube que las encubre. Cuando solamente un nubarrón se interpone entre el sol y la tierra, aún entonces, se echa de ver una pequeña nube en el cáliz del jacinto; pero dejad que el cielo se despeje, que brille en el firmamento en todo su esplendor y grandeza la luz del día; y vereis entonces, que el jacinto se entreaire, se vuelve lozano, y presenta toda la belleza de sus magníficos colores. Ved aquí el cuadro de las almas verdaderamente educadas en la escuela de la Virgen Santísima; almas cuyas virtudes y pureza se han comparado, aunque en orden

inferior, á la brillante luz del astro del día. Así como los rayos del sol descienden en línea recta sobre los objetos de la tierra, así los cristianos, que conservan la rectitud en su conciencia, pueden descansar en ella como el sumo Sacerdote descansaba en el tabernáculo del Santo de los santos; pueden entrar en sí propios sin temor ni recelo, porque su corazón se ha convertido en un verdadero santuario, que guarda la más completa armonía con las palabras del mismo Dios; pueden fijar la atención en el interior de su alma, porque el mismo Señor se complace en su contemplación.

Y en realidad, hermanos míos, ¿dónde, sino en la pureza y en la rectitud de la conciencia podremos encontrar la alegría, la felicidad y los consuelos del cristiano? El secreto de la felicidad consiste, en que el hombre de conciencia recta hace todos los días al Señor el sacrificio de su amor propio, el sacrificio de su interés y de sus inclinaciones personales. El alma candorosa no irá á presentarse á los pies del confesor para explicar su conducta, en términos que la conviertan en objeto de elogio; sabe bien que el Señor ha dicho: Si no os pareceis á los niños por la sinceridad de vuestros sentimientos y por el candor de vuestra alma, no sereis partícipes de mi reino; por esto el alma cristiana, con toda su sencillez va á confesar sus faltas, sin alegar excusas, ni valerse de subterfugios.

En la sociedad, y en medio de los negocios vemos, que se hace continuo uso del interminable repertorio de fraudes, engaños y mentiras, con el objeto de acrecentar los intereses propios á costa de los ajenos, con el objeto de proporcionarnos deleites, comodidades y fortuna; pero el alma sencilla y recta no reconoce otro principio que la célebre máxima: No hagas á otro lo que no quisieras para tí. Siguiendo este principio, el alma está tranquila á todas horas, goza de todo sin remordimiento; porque ha hecho, de antemano, el sacrificio de sus deleites y comodidades personales. Al contrario, la mala conciencia trae consigo la codicia; es como un río que sale de su cauce y se esparrama en todas direcciones; es como un brioso corcel, que sin freno ni traba corre suelto á todas partes; es como un buque sin timón ni piloto, que en vez de dirigirse al puerto, está flotando continuamente entre escollos y precipicios, hasta que acaba por estrellarse. Ved aquí la triste suerte del hombre de mala conciencia: nunca goza de satisfacción verdadera; por esto necesita ir sin tregua en busca de placeres y deleites. La conciencia sencilla y recta no experimenta sino un deseo, no ambiciona sino una satisfacción, solo aspira á la dicha de poder decir al Señor: Vos lo sois todo para mí; vos sois mi tesoro; no hay verdad y belleza fuera de vos;

poseyéndolos, lo poseo todo, porque teniendo vuestro amor, ¿qué más puedo apetecer?

Samuel, en los últimos tiempos de su vida y próximo ya á presentarse ante el Señor, á la vista del Santo de los santos, á la vista del templo de Dios, decía á todo el pueblo de Israel reunido: Hijos de Israel, desde mis más tiernos años me habeis visto entre vosotros. El Señor me había encargado de daros á conocer su voluntad y sus decretos. Decidme, pues, ¿me habeis visto alguna vez infringir la santa ley de mi Dios? ¿Me habeis visto alguna vez cometer actos contrarios á la justicia, al orden y á la santidad de Dios? ¿Podeis acusarme de haberos perjudicado en personas ó en intereses? A esta interpelación solemne, el pueblo de Israel contestó unánime en estos términos: Es verdad, nunca te hemos visto infringir la ley de Dios; es verdad, nunca nos has causado el menor perjuicio. Estas palabras, al propio tiempo que eran un elogio, fueron una recompensa de la rectitud de conciencia de Samuel.

Procurad pues, hermanos míos, que cuando Dios despegue sus labios para llamar á sus hijos, vosotros podais parecer á su presencia con un corazón de niño desprovisto de las inclinaciones y sentimientos ajenos á la pureza y á la rectitud; procurad que, cuando llame á los hombres redimidos con la preciosa sangre de su Hijo, podais decirle: Prefiero las penas del infierno, antes que consentir en un pecado. De esta suerte, hermanos míos, conservareis hasta la muerte la rectitud de conciencia; rectitud que es la prenda de la felicidad eterna, que á todos os deseo. Amen.

CONCIENCIA FALSA.

II.

Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem.

Quando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades.

(Joan. xvi, 13.)

Aunque Jesucristo, en el decurso de su vida mortal, y despues de su resurreccion, instruyó á los apóstoles en las verdades del reino de Dios, todavía les faltaban algunos conocimientos necesarios para el establecimiento de la religion, que su divino Maestro les encargó anunciar al mundo. Adheridos de una manera harto sensible á la presencia corporal de Jesucristo, estaban aún llenos de ideas groseras, y solo imperfectamente conocian los misterios que les eran revelados; y por eso convenia que Jesucristo les dejase, conforme se lo anunció, á fin de que estuviesen mejor dispuestos á recibir el Espíritu Santo, que perfeccionaria su fe. Verdad es, que el Señor podia de sí comunicarles cuantas luces y fuerzas necesitaban para la obra de la universal conversion; pero quiso dejar reservada al Espíritu Santo la consumacion de su tarea, la cual por este hecho no dejó de ser suya, pues que de su parte fué enviado el Espíritu Santo para enseñar todas las verdades que á los hombres importaba saber.

Así, en cuanto el Espíritu Santo hubo descendido sobre los apóstoles, todos quedaron penetrados de veheméntísima luz, conociendo aquellas verdades que debian predicar al mundo, y animados de una fuerza realmente divina, puestos en situacion de sostener semejantes verdades, aún á costa de su vida.

Predicaron, efectivamente, las verdades que el Espíritu Santo les comunicó; purgaron al mundo de sus errores, desterrando la idolatría y reformando las costumbres; y en lugar de la mentira y corrup-

cion, que generalmente reinaban, establecieron una religion del todo santa, una moral del todo pura, un culto del todo divino. Nosotros, hermanos carísimos, por conducto de los apóstoles hemos recibido esta religion santa y esta moral sublime; más si la religion se ha mantenido en toda su integridad, ¡cuánto no se ha relajado la pureza de la moral en el corazon de los hombres! ¿De qué procede este desarreglo? De la falsa conciencia que los hombres se formaron, y siguen formándose, sobre las verdades de la moral. El Espíritu Santo ha enseñado, y sigue enseñando, el camino de la verdad; pero los hombres cegados por sus pasiones, cierran á la verdad sus ojos, sometiéndola á sus torcidos juicios y á sus perversas inclinaciones, y anteponiéndole las tinieblas de una falsa conciencia. Contra esta falsa conciencia me propongo hoy preveniros, descubriéndoos sus principios, y señalándoos su correctivo: ¡ojalá el Espíritu Santo, que es fuente de toda verdad, reforme desde luego todas esas conciencias falsas, perversas y desarregladas!

¿Cuáles son los principios de una falsa conciencia? cuestion importante, que será objeto del primer punto de mi discurso.

¿Cuáles son los correctivos contra ella? instruccion no ménos necesaria, que formará la materia del segundo punto. Para el mejor desempeño, invoquemos el auxilio de la gracia. A. M.

1. Hay un camino, dice el Espíritu Santo, que al hombre le parece recto, y que, sin embargo, conduce á la muerte. Prov. xv, 25. ¿Qué camino es este, hermanos míos? La falsa conciencia, es decir, la conciencia que no procede segun Dios, que no va conforme con la ley de Dios; pues la conciencia, como maestro del espíritu, constituye una luz interior, que debe enseñarnos el bien para practicarlo, y el mal para evitarlo en las determinadas circunstancias y situaciones en que nos halleemos. Viniendo á ser ella la aplicacion que cada cual se hace de la ley de Dios, para conocer lo que es licito ó ilícito, conviene que la apreciacion sea justa, y que se haga con pulso y discernimiento; pues si la conciencia toma lo falso por lo cierto; si nos enseña una cosa diferente de la que la divina ley prescribe; el que sigue este desarreglo, desvíase del principio fundamental á que deben acomodarse nuestros actos, esto es, de la voluntad de Dios. De aquí se sigue, que aún cuando no sea licito obrar contra la conciencia, no empero todas las conciencias deben seguirse, por cuanto las hay falsas, las hay perversas, que vician los actos de ellas emanados; lazaretillos ciegos, que nos conducen á un precipicio. Hé aquí la conciencia, cuyos principios importa descubrir, para saber evitar sus riesgos y escollos.

Los principios ordinarios de la falsa conciencia son tres: error, pasión y costumbre; error del espíritu, pasión del corazón, y costumbre y usanza del mundo. Esos son los escollos en que tropiezan los más de los hombres. Forzoso es convenir, que por muchas precauciones que se tomen para amoldar nuestros actos á la ley de Dios, muchas veces se incurre en errores de conciencia, que hacen tomar lo falso por lo cierto. El hombre no es infalible en sus juicios; algunas veces puede engañarse, creyendo lícito lo que en realidad le está vedado; pero si tiene buena voluntad, si sus intenciones son puras y rectas, y si adopta aquellas precauciones que la prudencia sugiere para bien obrar, el error, como involuntario, no podrá imputársele á pecado; y este es un principio seguro y consolador para ciertas personas de conciencia timorata y escrupulosa, que buscando pruebas notorias de la rectitud de sus acciones y del buen estado de su alma, se fatigan en vano, haciendo pesquisas que pueden conducir á separarlas del recto camino. Aprendan estas personas del Apóstol, á ser cautas con sobriedad; bastándoles al objeto tener una certidumbre moral de la bondad de sus acciones, ó sea, la convicción de que les impele un motivo bastante á decidir á toda persona prudente. Pero si hay personas de conciencia pusilánime, cuya timidez se debe alentar, hay otras que la tienen tan ancha, que su arrojo merece contenerse; pues esta anchura procede de un error voluntariamente aceptado, de la ignorancia de ciertos principios forjados á placer, insignificando sus ruines inclinaciones: ancha y falsa conciencia que, en cierto modo, es causa de los desórdenes del mundo, tan poderosa como la corrupción de los corazones. Pecadores hay, á la verdad, que ofenden á Dios de pura malicia; pero mayor es el número de los que al abrigo de una falsa conciencia, creen permitidas muchas cosas que no deben serlo; que huellan en mil casos las prescripciones del Señor, fundándose en pretextos sugeridos por una conciencia mal segura; siendo pocos los pecadores que no traten de imponerla silencio con algún motivo especioso; y aunque no pretendan quebrantar directamente la ley, afectan ignorarla para hacer á mansalva lo que ella veda, rehuendo conocer sus deberes para excusar el cumplimiento de los mismos: *Noluit intelligere ut bene ageret.* PSALM. XXXV, 4; y de esta clase son aquellos que no asisten á los sermones, ó dejan de aplicarse las verdades que se les predicán. Hay otros que, si bien conocen las prescripciones de la ley, le ponen cortapisas, ó la interpretan equivocadamente, buscando paliativos con que cohonestar sus demasías, é invocando ciertos principios sobre que juzgan estar muy seguros.

La pasión, hermanos míos, engendra tantos errores en punto de moral, cuantos engendra en detrimento de la fe. No sería tan frecuente engañarse y alucinarse con falsos raciocinios, si la pasión no dominase al espíritu; pero cuando ella obtiene la superioridad, se abraza su partido, se encuentra justo y racional todo lo que le place; y desde entónces, la recta conciencia la cede el puesto, y ya no hay razón ni pretexto que no se escogite para permitirse el vicio y ponerse á cubierto de los terrores de la ley. ¿No fué la pasión la que dió pretexto á los judíos para condenar á Jesucristo? Reclamaban su muerte fundados en una soñada infracción de la ley de Moisés; pero, en el fondo, la pasión era su móvil. Por esto vemos todos los días, que la pasión de envidia, ó de venganza, se cubre con las apariencias del celo para perder á un enemigo, ó bien cree procurar la gloria de Dios persiguiendo el crimen, cuando su objeto es perseguir al criminal. Si es pasión de goce la que domina, todos los goces parecen inocentes: de aquí, el abandonarse sin rubor á una vida muelle y sensual, que se consiente por no incomodarse; el prescindir tan fácilmente de los preceptos eclesiásticos, cuando se cree tener alguna dispensa; ya del ayuno, por cualquier motivo; ya de la abstinencia cuaresmal, por razones de salud; miéntras en otro concepto se hacen cosas muy capaces de estropearla. Si es pasión de interés la que impera, ¿cuántas otras falsas conciencias no se forman! Ella ciega al avaro hasta el punto de representarle como prudencia para el porvenir su desmedido apego á los bienes terrenos; y no pocos ricos muestran un corazón duro hácia los pobres, porque engañados por la falsa conciencia, juzgan tener apenas lo justo para sostener su estado.

No á menores extravíos conduce la falsa conciencia cuando se halla apoyada por la costumbre. Debe vivirse con el mundo, se dice, y por consiguiente acomodarse á sus usanzas; la sociedad exige que no nos singularicemos; ¿por qué dejar de hacer lo que otros hacen? ¿Acaso no están igualmente interesados en el negocio de la salvación? ¿No tienen el mismo miedo de perder su alma y el mismo deseo de ganarla? Vivamos pues como ellos. ¿Quién condenará á ciertas personas de conducta arreglada é irrepreensible, las cuales, sin embargo, se conforman con la costumbre? ¿Por qué pues no las imitemos? Hé aquí, hermanos carísimos, los desastrosos principios que la costumbre insinúa á la falsa conciencia, de los que toma pié para obrar, y de donde nacen la mayor parte de los abusos que se cometen. Por eso no se tiene escrúpulo en dar tiempo al ocio, á los juegos, á las diversiones y espectáculos: ¿son tantos los que lo hacen! Por eso vemos tanta suntuosidad en los banquetes, tanto lujo en las

habitaciones, tanto capricho é inmodestia en las modas: ya se ve; el buen tono lo requiere, la costumbre lo demanda, el mundo lo exige; el mundo que tacharia de ridículo al que hiciera lo contrario! ¿Por ventura quiere Dios que nos pongamos en berlina, ó que choquemos con los demás? Así razona la falsa conciencia de muchos, asilados á la sombra de algunas virtudes morales que practican, y de una existencia exenta de los groseros vicios que la razon condena, si bien destituida de las buenas obras que la religion demanda: principios falsos, que esperamos pulverizar en el segundo punto.

2. Sentado que el error, la pasion y la costumbre son los principios de una conciencia desarreglada, opongamos al error las luces de otra conciencia ilustrada y recta; á la pasion, un sincero deseo de agradar á Dios y guardar su ley; y á la costumbre, el ejemplo de las buenas personas y de los santos: tales son las reglas por que deben dirigirse las conciencias; tales los remedios por que deben purgarse sus errores. Prestadme nueva atencion. La conciencia es como el ojo de nuestra alma, en cuanto nos muestra el bien que debemos seguir, y el mal que debemos evitar. Si el ojo del cuerpo es sencillo, dice Jesucristo, todo el cuerpo nadará en luz; pero si es tenebroso, el cuerpo lo será tambien. Preciso es, hermanos míos, que para evitar los desvíos de una falsa conciencia, busquemos la luz que ha de dirigirnos por los senderos de la salvacion. Esta luz debemos pedir á Dios á semejanza del rey profeta: Muéstrame, oh Señor, tus caminos y enséñame tus senderos. SALM. XXIV, 4.

Despues de invocar al Padre de toda luz, debeis, hermanos míos, consultar vuestra fe, consultar el Evangelio: las dos reglas que han de ordenar vuestras conciencias. Y ¿qué os dicen la fe y el Evangelio? Recordad sus máximas siempre y cuando trateis de decidir os á algun acto; y estad seguros de que si las seguís, no podreis engañaros, ni confundir lo bueno con lo malo, la verdad con el error. Una conciencia errónea os dice, por ejemplo, que bajo tal y cual pretexto es lícito tener relaciones con cierta persona á quien estimais, que os es útil y que, sin embargo, puede ocasionaros á pecado; pero el Evangelio viene y os dice, que cuando la ocasion de pecado os fuese tan preciosa, tan útil como vuestro ojo, vuestro pié ó vuestra mano, debeis arrancar este ojo, cortar esta mano y este pié para que no os sirvan de escándalo. El demonio de las venganzas hace punto de honra de que obtengais satisfaccion de cierto ofensor; pero el Evangelio se interpone, diciendo: que perdonemos, que volvamos bien por mal. Hé aquí dos lenguajes bien opuestos. ¿A cuál atenderéis? ¿cuál seguireis? Si á la pasion, como guia ciego os conducirá al precipicio; pero si se-

guis al Evangelio, si consultais la ley de vuestro Dios, como luz espléndida, iluminará vuestro camino y os conducirá al puerto de salvacion. Como, empero, tambien es fácil engañarse al aplicar las máximas que la fe nos revela, será muy útil pedir consejo á personas hábiles é ilustradas en las vias de Dios, animadas por el espíritu de Dios, que solo apetezcan su gloria y el bien de las almas; evitando aquellos conductores demasiado tolerantes, que halagan la pasion dando á las conciencias una falsa seguridad; poniendo, segun frase del Evangelio, almohadas bajo el codo de los pecadores, y guiándoles por los caminos anchos de la perdicion.

Tomadas estas precauciones para ajustar vuestra conciencia á las máximas de la prudencia y de la fe, esmeraos formalmente en hacer lo que ésta os dijere en interés de vuestra alma; pues la buena voluntad y la adhesion á la ley de Dios, son las bases principales de una recta conciencia. El espíritu podrá ser inducido á error; pero cuando el error no es voluntario, Dios no lo cuenta por pecado; al paso, que siempre hay culpa en seguir una voluntad perversa, por mucha que sea la ilustracion del espíritu. Formad, sí, un sincero y vehemente propósito de obtemperar la ley de Dios, de sacrificar á ella vuestros caprichos é intereses; y á tenor de estas disposiciones conformareis la conciencia á la ley, y no la ley á la conciencia; os apartareis, segun el consejo del Apóstol, aún de toda apariencia de mal: *Ab omni specie mala abstinete vos*; I. THES. V, 22; abrazareis siempre, en caso de duda, el partido de la ley contra el de vuestra libertad, diciéndoos á vosotros mismos: ya que tengo recelos de que Dios me prohíba esta accion, no quiero hacerla, para no exponerme á quebrantar su ley santa y comprometer mi salvacion. Tratándose de negocio de tal importancia ¿podreis hacer ménos, que al tratar de la salud del cuerpo y de vuestros negocios temporales? Cuando se os ofrecen dos caminos para el logro de una empresa, uno seguro, y otro dudoso, ¿acaso no preferís aquél á éste? De dos remedios que se os indican para curar algun mal, uno de éxito cierto, y otro peligroso, ¿vacilais un momento en adoptar el primero? Pues igual seguridad debeis buscar en el negocio de la eternidad. ¿Qué precauciones estarán por demás al objeto de garantir un resultado de tanta monta! Obrad cual lo hariais si debieseis parecer ante el supremo Juez. ¿Qué quisierais entónces haber hecho? Pues lo mismo haced de contado; y vereis como se disipan las vanas ilusiones de una falsa conciencia; y no pudiendo ménos de decidir os por el partido mejor, obedecereis á Dios, llenareis su santísima voluntad, y evitareis hasta la sombra del pecado. Léjos de continuar en esa vida muelle y destituida de buenas